

Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes y sucesos son fruto de la imaginación del autor o se han utilizado con fines meramente ficticios. Cualquier parecido con personas reales, en vida o fallecidas, o sucesos es pura coincidencia.

Título original: *The Shadow King*

© 2023, Harry Sidebottom

© 2024, de la traducción por Genís Monrabà Bueno

© 2024, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: abril de 2024

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)

www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-10080-09-6

Código IBIC: FV

DL: B 21.210-2023

Diseño de interiores:

David Pablo

Composición:

Javier Sánchez Mecco

Impreso en abril de 2024 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

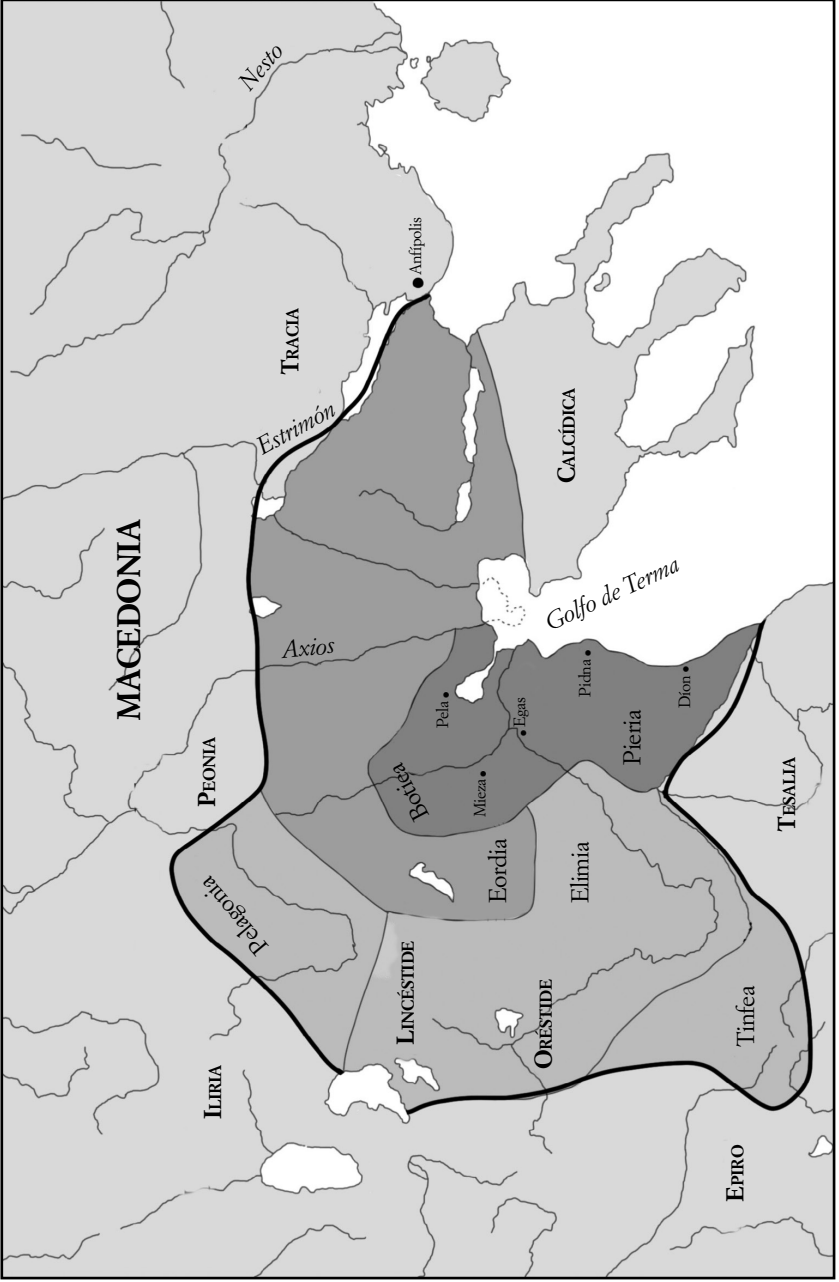
Harry Sidebottom

El enigma de Alejandro Magno

Traducción de Genís Monrabà Bueno



Newton Compton Editores
Barcelona, 2024



Para Lynne y Ernie Moss

PERSONAJES PRINCIPALES

Los nombres en cursiva pertenecen a personajes ficticios

AÉROPO: Señor de Lincéstide, jefe de los Baquíadas. Padre de Arrabeo, Herómenes y Alejandro de Lincéstide.

AGATIÓN: Esclavo tirio que compró Alejandro de Lincéstide.

ALEJANDRO DE LINCÉSTIDE: Hijo menor de Aérope, *Xander* para su familia, Lincestes para Alejandro (el hijo de Filipo) y algunos macedonios, griegos y persas. El rey en la sombra.

ALEJANDRO DE MACEDONIA: Hijo de Filipo II y Olimpia, conocido en la historia como Alejandro Magno.

AMINTAS (1): Hijo de Arrabeo, gemelo de Neoptólemo, sobrino piadoso de Alejandro de Lincéstide.

AMINTAS (2): Hijo del rey Pérdicas III, sobrino de Filipo II, que ocupó su lugar en el trono.

ANTÍGONA: Esclava macedonia, amante de Filotas.

ANTÍGONO EL TUERTO: Alto oficial macedonio que comandó a los aliados griegos en Gordio.

ANTÍPATRO: General de Filipo y Alejandro, padre de Casandro, Yolas y Electra, suegro de Alejandro de Lincéstide.

ARISTANDRO: El adivino de Filipo y Alejandro.

ARISTÓTELES: Filósofo y tutor de Alejandro Magno y sus hermanos de armas en Mieza.

ARRABEO (1): El hijo taciturno de Aérope, hermano de Herómenes y Alejandro de Lincéstide, padre de los gemelos Neoptólemo y Amintas.

ARRABEO (2): Hijo de Alejandro de Lincéstide y Electra.

ARRIDEO: Hijo de Filipo II y Filina de Larisa. Los rumores dicen que su discapacidad intelectual fue producto de un veneno administrado por Olimpia.

ÁTALO: Noble macedonio, tío y padre adoptivo de Cleopatra (2), suegro de Filipo II.

ATARRIAS: Soldado veterano de Lincéstide a cargo de los sirvientes en el campamento.

BATIS: Eunuco babilónico al mando de la ciudad de Gaza.

BESOS: Pariente persa de Darío III.

CALAS: Oficial macedonio de la antigua casa real de Elimia.

CALÍSTENES: Historiador de la corte griega de Alejandro Magno.

CÁRANO: Hijo pequeño de Filipo II y Cleopatra (a menudo se duda de su existencia).

CASANDRO: Hijo enfermizo de Antípatro. Detesta a Alejandro Magno.

CINANE: Hija de Filipo II y Audata (princesa iliria).

CLITO EL NEGRO: Viejo oficial macedonio de mentalidad tradicional.

CLEOPATRA (1): Hija de Filipo II y Olimpia, hermana de Alejandro.

CLEOPATRA (2): Nieta e hija adoptiva de Átalo, esposa de Filipo II.

CENO: Comandante de la falange de Elimia, yerno de Parmenión, defensor de las tradiciones macedonias.

COPREO: Carcelero macedonio (tal vez de ascendencia tracia).

CRÁTERO: Miembro de la antigua casa real de Oréstide. No tiene una buena relación con Filotas y detesta a Hefestión.

DARÍO III: El rey de reyes persa.

DEMARATO DE CORINTO: Antiguo amigo y emisario de Filipo II.

DEMÓSTENES: Orador ateniense y enemigo acérrimo de Filipo II.

ELECTRA: Hija de Antípatro, esposa de Alejandro de Lincéstide (su nombre real no se conoce).

EUFREO: Filósofo, alumno de Platón y otrora filósofo en la corte de Macedonia.

ÉUMENES: Secretario griego de Alejandro Magno.

EUMEO: Veterano lincesta, sirviente de Alejandro de Lincéstide.

EURÍDICE: Madre de Filipo II, de la casa baquída de Lincéstide.

EUROPA: Hija de Filipo II y Cleopatra (2).

FILIPO (1): Filipo II, rey argéada de Macedonia, padre de Alejandro, Arrideo, Cleopatra, Cinane, Tesalónica, Cáranos y Europa.

FILIPO (2): Hijo de Amintas, comandante de falange de las tierras bajas de Pieria.

FILIPO (3): Hijo de Menelao, oficial macedonio. Toma el mando de la caballería tesalia en Gordio.

FILIPO (4): Médico griego de Alejandro Magno.

FILOTAS: Hijo de Parmenión, considerado arrogante. Le desagrada Crátero.

HÁRPALO: Miembro de la antigua casa real de Elimia, cojo y jorobado.

HÉCTOR: Hijo de Parmenión, paje real.

HEFESTIÓN: Hermano adoptivo y amante de Alejandro Magno. Odia a Crátero y Alejandro de Lincéstide.

HERÓMENES: Hijo amargado de Aéropo de Lincéstide, hermano de Alejandro de Lincéstide, quien se mofa de su rostro caballuno.

LEONATO: Pariente y gran amigo de Alejandro de Lincéstide.

LEUCIPE: Esclava tiria que compró Alejandro de Lincéstide.

MACATAS: Jefe de la casa real de Elimia. Padre de Hárpalo.

MEDIO DE TESALIA: Hermano adoptivo de Alejandro Magno, amante de Yolas (hijo de Antípatro), aficionado a las fiestas.

MEMNÓN: Ambicioso oficial macedonio que quiere ser el estratega de Tracia.

MEMNÓN DE RODAS: Comandante de los mercenarios griegos que luchan para los persas.

NEARCO DE CRETA: Hermano adoptivo de Alejandro Magno.

NEOPTÓLEMO: Hermano gemelo de Amintas. El sobrino más aventurero de Alejandro de Lincéstide.

NICANOR: Hijo de Parmenión, hermano de Filotas, comandante de los hipaspistas.

OLIMPIA: Esposa de Filipo II, madre de Alejandro Magno, adoradora de Dionisio. Se dice que es una bruja y conspira contra Alejandro de Lincéstide.

PARMENIÓN: General de Filipo II, padre de Filotas, Nicanor y Héctor.

PAUSANIAS: Miembro de la casa de Oréstide, paje real y, durante un tiempo, amante de Filipo II.

PAUSANIAS, *KALOS*: Paje real, amante de Filipo II.

PÉRDICAS: Comandante de la falange, miembro de la antigua casa real de Oréstide.

PEUCESTAS DE MIEZA: Joven oficial macedonio, destacado por su dominio del persa.

PTOLOMEO: Joven noble macedonio. Se rumorea que es hijo ilegítimo de Filipo II.

RASCUS: Pariente de Sitacles.

ROXANA: Hija de un jefe bactriano, esposa de Alejandro Magno.

SEUTES: Tracio, hermano mayor de Sitacles.

SÍSENES: Noble persa, sospechoso de ser espía.

SITACLES: Tracio, hijo del rey Cersobleptes de los odrisios.

TIMOCLEA: Mujer griega de Tebas.

YOLAS: Hijo menor de Antípatro, paje real, amante de Medio de Tesalia.

ZOPIRIÓN: Ambicioso oficial macedonio en Tebas.

PRÓLOGO

Verano del 323 a. C

Yo, Alejandro de Lincéstide, moriré por la mañana. Lejos de casa, bajo un sol abrasador y ante la mirada del rey Alejandro y la de todos los macedonios, mis amigos, mis compañeros, me arrebatarán la vida.

¿Acaso merezco este destino? ¿Soy un traidor? La respuesta queda en tus manos. He intentado obrar de forma correcta, permanecer fiel a las costumbres de mis antepasados y mostrar valor. Una vez, cuando era pequeño, hice una plegaria: «Si he de morir, dejadme hacer algo grande para que la humanidad se acuerde de mí». He realizado grandes proezas, no todas buenas. Pero ahora esa oración también depende de ti.

Es tarde y mi compañero Leonato está a la espera. Pondré punto final y le entregaré estos rollos de papiro. Él cumplirá su parte del trato y encontrará un lugar seguro para preservar mi historia.

Por la mañana, cuando deje de respirar, yo cumpliré mi parte. A menos que... Cuando Pandora abrió la caja y todos los demonios del mundo escaparon para atormentar a la humanidad, solo permaneció la Esperanza. Ahora, a pesar de todo, incluso en la noche más oscura, la Esperanza permanece para atormentarme.

CAPÍTULO 1

Invierno del 343-342 a. C.

Huellas en la nieve.

En la Alta Macedonia, los inviernos llegan pronto y aparecen primero en las montañas de Lincéstide. Hasta un ciego podría haber seguido su rastro. La nieve estaba salpicada de estiércol, surcada por huellas de botas y pezuñas de ovejas, tan pisoteada que el centro del camino parecía un lodazal. Se dirigían al oeste, hacia un paso que había más allá de la seguridad de sus tierras, en Iliria.

Leonato detuvo la columna, bajó de su caballo y se adelantó a pie con el viejo Eumeo para examinar las huellas. Los demás bajamos de nuestras monturas para aliviar la carga de los caballos. Cuarenta jinetes, envueltos en pesados mantos, respirando el aire helado. No era una congregación imponente. Solo había un puñado de hombres en edad de luchar; el resto peinaba canas o apenas era mayor que yo. Casi todos los soldados se encontraban lejos, sirviendo en el ejército del rey Filipo.

Miré a los gemelos, mis sobrinos. Amintas elevaba una plegaria a Heracles, con la piedad alimentada por el miedo. Tal vez no se daba cuenta de que hablaba en voz alta. Incluso su hermano, Neoptólemo, tan salvaje y despreocupado, parecía inquieto mientras jugueteaba con la brida de su montura. Por mera casualidad, yo no era mayor que ellos. Este era nuestro decimocuarto invierno. A veces mi padre me decía que era el rezagado de la camada. No por mi estatura, sino porque fui el último en nacer. Mis hermanos ya eran hombres hechos y derechos y cuando bebía su lengua podía llegar a ser cruel.

Leonato regresó. Mi padre, jefe de los Baquíadas, señor de Lincéstide, debería haber liderado la expedición, pero también se encontraba lejos de aquí, en la corte de Filipo. Si mi madre no

hubiera sido tan vieja habría tomado el mando. Leonato era solo un par de años mayor que yo. A pesar de que solo era un pariente lejano, de una rama secundaria de nuestra familia, y de que carecía de experiencia, los hombres lo seguirían a todas partes.

–Las heces son recientes. –Leonato se incorporó y volvió la cabeza hacia un lado. De algún modo, sabía que había tomado prestado ese gesto de otra persona–. Eumeo afirma que no son más de treinta ilirios, sin monturas. Están a menos de una hora. Los alcanzaremos mucho antes de llegar al paso. La entrada es bastante ancha, a lo sumo de unos cincuenta pasos. La nieve todavía no ha cuajado y el camino es bueno. Es un escenario ideal para la caballería. Los flanquearemos y les daremos caza mientras huyen.

–Así es como «Bilipo» acabará con los ilirios –murmuró uno de los que peinaba canas con el torpe dialecto macedonio, que pronunciaba la efe como una be.

Leonato se giró violentamente. Cuando abandonaba esa postura sofisticada y actuaba con naturalidad, la amplitud de su espalda y su corpulencia le conferían un aire imponente.

–Esto no es nada. Si Filipo no hubiera derrotado a sus líderes, miles de hombres habrían arrasado vuestro hogar y violado a vuestras esposas. Solo son un puñado de forajidos que han robado un rebaño de ovejas.

Aunque pertenecía al linaje de Lincéstide, Leonato había sido paje real durante dos años y, recientemente, lo habían nombrado hermano adoptivo del hijo de Filipo, mi tocayo Alejandro. No era prudente olvidar que era leal al rey argéada de las tierras bajas de la lejana Pela.

La libertad de expresión era un derecho de nacimiento de todos los macedonios. Hasta el porquero más inmundo podía hablar sin tapujos a cualquier rey. Sin embargo, nadie tuvo el coraje de contradecirlo. La verdad de sus palabras era innegable.

Montamos en silencio. Al subirme a lomos de mi caballo (nunca es sencillo con el equipamiento de guerra) procuré que la pesada vaina no entorpeciera mi salto. Un cordel no es el mejor lugar para colgar una espada. En Lincéstide respetábamos la tradición y, en lugar de usar una correa para la espada, un hombre debía llevar un cordel hasta que se cobrara la primera muerte.

El camino seguía el curso de un arroyo. El agua se desplazaba con rapidez, oscura y brillante. El sendero serpenteaba por laderas repletas de riscos, algunas con hayas, otras con robles o sin vegetación. Cuando el horizonte quedó al descubierto, atisbamos los picos de las montañas, nítidos y negros, recortados contra el cielo. Las nubes empezaban a arremolinarse en las cumbres. Pronto caería más nieve. Apenas era el primer mes de invierno, pero en pocos días el paso estaría bloqueado.

Por encima del nacimiento del arroyo, donde los árboles caducifolios habían dado paso a pinos y enebros, se encontraba la pequeña meseta de los Tres Caminos. El camino principal se dirigía al oeste, atravesando el paso. Otro camino ponía rumbo al sur, hacia el cantón macedonio de Oréstide. Los ilirios sabían que íbamos detrás de ellos, así que habían tomado el estrecho camino de cabras hacia el norte, que trepaba por la gran roca jorobada hacia el lago de Ocrida. Este era el punto donde se desvanecía nuestra esperanza de obtener una victoria fácil, de vencerlos en campo abierto. Pero nuestro honor no nos permitía dar marcha atrás.

Leonato dejó cinco soldados, los más viejos y enfermos, con los caballos. Sin nuestras monturas, formamos una tosca columna de cinco hombres de ancho. Como correspondía a mi estatus (un miembro de la casa de Lincéstide siempre debe estar entre los *promachoi*, los que luchan en primera línea), me ubiqué al lado de Leonato. Sin embargo, enseguida llamó a su lado a ocho hombres en edad de luchar. En el campo de batalla no se discute con tu líder, pero al advertir que había herido mi orgullo colocó la mano sobre mi hombro.

—Alejandro, en terrenos estrechos, una emboscada golpea tanto la cola como la cabeza de la formación. Esos son los dos puntos de mayor peligro. Toma a tus sobrinos y los otros cuatro hombres fuertes y encárgate de la retaguardia.

Tragándome el orgullo, me ubiqué a la derecha de la última fila, el lado sin escudo.

Antes de emprender la marcha, Leonato mandó a Eumeo por delante, como explorador. Aunque sus días de gloria quedaban lejos, Eumeo había sido un gran guerrero y nadie era tan buen cazador como él.

Apenas avanzamos un trecho, las laderas se nos echaron encima. El coraje me abandonó. Por delante solo podía ver los penachos de los cascós y a ambos lados los troncos de los enormes pinos centenarios bloqueaban la vista. El estruendo de nuestras armaduras resonaba por todas partes. Olía a sudor, a cuero viejo, a resina. Era imposible saber cuántos bárbaros se escondían entre los árboles. El miedo se me clavó en el pecho como una afilada esquirra de piedra.

Durante toda mi vida, había esperado un momento así: el ritual de sangre que exige la hombría. Ahora que estaba tan cerca, con el anochecer como invitado inevitable, solo deseaba encontrarme en cualquier otro lugar. Incluso con los niños, en el salón de Le-bea, contemplando cómo mi madre supervisaba sana y salva a las mujeres de los telares.

Mientras subíamos a duras penas por el camino, no podía quitar los ojos de la ladera derecha. Había muy poca vegetación y la nieve aún no había penetrado en el follaje. Pero los pinos eran enormes. Si dos hombres adultos hubieran rodeado el tronco con los brazos, no se habrían tocado con las manos. La capacidad de reacción quedaba reducida a un tiro de piedra. Todo permanecía inmóvil. No se escuchaba el suspiro del viento entre los árboles. Tampoco ningún pájaro. Apreté la mandíbula para evitar que me castañearan los dientes. No hacía frío. El sudor me resbalaba por la espalda. No todos los jóvenes superaban esta prueba. En la expedición algunos viejos todavía llevaban atada la espada con un cordel.

Atisé un movimiento, demasiado rápido como para identificarlo, unos treinta pasos cuesta arriba. Guardé silencio. Si solo se trataba de un ciervo o un conejo, habría sido una vergüenza llamar la atención. Algo se movió otra vez. Se movía en paralelo a la columna, ligeramente castaño, camuflado con el terreno. Leonato detuvo la columna para que recuperáramos el aliento. Los hombres hablaban entre murmullos, con un hilo de voz. Empezó a nevar. Eran los primeros copos de nieve, pequeños, pero caían directamente al suelo.

Un lince salió de detrás del nudoso tronco de un árbol. Era un ejemplar adulto, con una barba poblada. Su cuerpo moteado medía unos cuatro pies de largo. La bestia se detuvo y me miró. Sus ojos verdes, resplandeciendo en la penumbra, se cruzaron con los

míos. El murmullo de los hombres se desvaneció. Nadie más se había percatado de su presencia. Luego, sin ninguna prisa, siguió su camino y se desvaneció.

–Alejandro. –La voz de Neoptólemo me trajo de vuelta.

Los hombres empuñaron las lanzas y los escudos; la columna se preparaba para reanudar la marcha.

Las ancianas contaban que, si un lince te miraba a los ojos, se apoderaba de tu vista y vivirías el resto de tu vida como un ciego mendigando por las calles. Era un cuento que contaban las nodrizas para asustar a los niños y alejarlos del bosque. Lincéstide es tierra de lince. Son el emblema de nuestra familia. Alguna deidad me había mandado una señal para que cumpliera con mi deber. Las palabras de Homero cruzaron por mi mente:

Nuestros príncipes viven a cuerpo de rey y beben los mejores vinos, pero son valientes, saben combatir y siempre están en primera línea.

Todavía sentía la opresión en el pecho, pero el miedo había desaparecido. Agucé los sentidos, como si tuviera que contar cada copo de nieve y escuchar cómo impactaba en el suelo. El aire olía distinto; estaba impregnado por el aroma de lana de oveja y la acidez de los cuerpos sin lavar de los hombres.

Por ello, nos corresponde ocupar nuestro sitio al frente y soportar lo peor de la lucha.

–Se encuentran nada más doblar el siguiente recodo, en lo alto de una colina. –Eumeo había regresado–. La pendiente es pronunciada, pero el camino es más ancho, más que suficiente para ocho hombres en formación.

Leonato indicó a los hombres cuál era su lugar. Veinticuatro hombres, dispuestos en tres filas, embestirían al enemigo. Él lideraría la ofensiva en primera línea con el resto de los hombres en edad de luchar. Los once miembros restantes de la expedición (es decir, mis sobrinos, yo, los jóvenes y los ancianos) conformaríamos la retaguardia, bajo el mando de Eumeo.

Pasé por alto el desaire, aliviado y al mismo tiempo avergonzado por no tener que cargar con la responsabilidad. Nos despojamos de nuestras pesadas capas de invierno y las dejamos a un lado del camino. Observé a los más viejos y me pregunté cuál de ellos sería de alguna utilidad más adelante. Cualquier pensamiento sobre mi propia supervivencia se había esfumado.

Nuestros uniformes de guerra no guardaban lógica alguna. Los hombres llevaban sus propias armaduras o artículos sacados del almacén del Gran Salón de Lebea. Había cascos abiertos y acanalados, muy apreciados por los jinetes, y cascos con carrilleras, tanto los llamados frigios (con su forma cónica y alta cimera metálica) como otros más sencillos que solían usar los jefes ilirios. Las corazas eran de metal, cuero o lino. Algunos hombres llevaban grebas de bronce para protegerse las espinillas, pero el resto de la comitiva preferíamos nuestras botas de montar. Todos los escudos, que habríamos dejado con nuestros abrigo si hubiéramos atacado a caballo, como estaba planeado, lucían emblemas distintos, pintados con un abanico de colores infinito. El más común era el escudo circular macedonio, aunque un puñado de hombres llevaba escudos más anchos y pesados, como los que utilizaban los helenos en el sur. Incluso había dos hombres que cargaban con escudos tracios, ligeros y en forma de media luna.

Sentí la torpeza de mis dedos mientras me ataba los cordones del yelmo frigio. Lo había elegido con la esperanza de que la cimera me hiciera parecer más alto cuando Eumeo me entrenaba. Ahora las carrilleras de metal, que me llegaban hasta la barbilla, me inspiraban cierta seguridad. Del mismo modo, mi coraza de lino me resultaba familiar por las largas horas en el campo de adiestramiento. Se ajustaba perfectamente a mi cuerpo porque mi madre y sus mujeres la habían adaptado a mi físico. Su blancura resplandecía entre las demás. Una vez, mientras practicábamos con bastones, Neoptólemo me asestó un golpe que me abrió una brecha en la cabeza. La sangre manchó el lino blanco. Era un recuerdo de mal agüero, así que lo aparté de mi cabeza.

Mientras que nuestro equipamiento defensivo no era homogéneo, al menos nuestro armamento guardaba cierta consistencia. Nadie portaba la sarisa, el arma nacional de Macedonia, la larga

pica que se empuña con las dos manos. Como requería mucho entrenamiento, solo la élite podía usarla. Realmente, esta cuadrilla improvisada estaba muy lejos de parecerlo siquiera. En su lugar, cada uno llevaba un *xyston*, una lanza más corta para la caballería, tan útil a pie como a caballo. Su mango de madera era resistente y, si la punta metálica de la cabeza se rompía, había un pincho en el otro extremo. Esa hoja, el matalagartos, estaba afilada como una cuchilla. Si eso fallaba, cada hombre disponía de una espada.

—Es hora de entrar en el escenario de Ares. —La broma era vieja, trillada, pero la mayoría de nosotros se las arregló para esbozar una sonrisa al escuchar las palabras de Leonato.

Al doblar el recodo y ponernos en formación, divisamos el terreno y al enemigo. El camino era muy empinado para la lucha, y las laderas del barranco, densamente arboladas, todavía más. Los ilirios aguardaban en el horizonte; ocho hombres en la primera fila, aunque era imposible saber cuántos más había detrás. Enfundados en sus capas de fieltro negras, parecían un apretado campamento, pero su silenciosa quietud albergaba una espantosa amenaza. Miré a ambos lados y me percaté de que Amintas y Neoptólemo estaban pálidos de miedo. Al igual que yo, se estarían armando de valor para la contienda.

Mi buen amigo, si cuando terminase esta batalla
pudiésemos escapar a la vejez y a la muerte,
no daría un paso adelante
ni te animaría a hacerlo a ti.

El cielo lucía el matiz amarillento de una tormenta inminente y la nieve caía con más intensidad.

Leonato salió de la formación y se dio la vuelta para dirigirse a los hombres.

—Nosotros estamos aquí abajo y ellos allá arriba. Nosotros somos macedonios y ellos ilirios. Nosotros apretamos los dientes y nunca abandonamos la batalla; ellos no ven ningún deshonor en huir. Nosotros estamos armados, ellos no. Nosotros somos hombres libres, la mayoría de ellos son esclavos. Nosotros tenemos que

llegar allá arriba. Nuestros ancestros vencieron a los espartanos. Con una sola embestida, estos ilirios pondrán pies en polvorosa.

Un leve murmullo de aprobación acompañó sus palabras. La enumeración tendenciosa de nuestras ventajas compensó cualquier falta de elaboración retórica.

—Lanzad el grito de guerra, avanzad a paso ligero y cargad cuando yo lo haga.

Leonato regresó a la falange. Entonces, casi como si estuvieran esperando que acabáramos con ellos, los ilirios reaccionaron. Se desprendieron de sus oscuras capas y se quedaron casi desnudos con sus túnicas sin mangas, a merced de los elementos.

—¡Al-al-al-al-ai!

Nuestro grito de guerra me erizó el vello de la nuca.

Lentamente, los hombres empezaron a golpear rítmicamente el mango de sus lanzas contra los escudos. El ruido reverberaba en las laderas y se propagaba por el aire. Luego cesó por completo.

Dos soldados ilirios sacaron a un chico de entre sus filas. Por la indumentaria, parecía macedonio, seguramente un pastor que capturaron junto a su rebaño. Uno de los ilirios extendió las manos con las palmas hacia el suelo. Mientras entonaba alguna oración, su aliento se condensaba en el aire helado. El otro soldado agarró al chico por el pelo, echó atrás su cabeza y le rebanó la garganta. Ambos retrocedieron para observar la agonía del joven.

Para los hombres de Leonato, el brutal sacrificio fue la gota que colmó el vaso. Con un rugido, enfilaron cuesta arriba sin orden ni concierto. Leonato gritaba y gesticulaba sin cesar, pero cuando se percató de que no podía contenerlos se unió a la estampida.

Incluso los jóvenes y los ancianos de la reserva empezaron a arrastrar los pies hacia adelante, entre ellos mis sobrinos y yo. Pero Eumeo se puso al frente, mostrando una agilidad insólita para su edad. Entonces se dio media vuelta, encarándose a nosotros, y sostuvo su lanza en horizontal para cerrarnos el paso.

—¡Este es nuestro puesto y aquí nos quedaremos!

Avergonzados por la falta de disciplina, frenamos en seco.

—¡Retomad la formación detrás de mí! ¡Dos filas de cinco!

Seguimos sus órdenes sin rechistar. En medio de la confusión, me

había incorporado al flanco derecho de la segunda fila. Neoptólemo se encontraba delante de mí y Amintas estaba a mi izquierda.

Observamos cómo la avanzadilla subía por la colina. Estaban a unos cien pasos de la cima. Los ilirios hacían aspavientos mientras blandían sus armas y chillaban como gaviotas trastornadas.

Cuando nuestros hombres casi los habían alcanzado, a apenas veinte pasos, los ilirios arrojaron las lanzas. Algunas dieron en el blanco. Tres o cuatro macedonios cayeron al suelo. Pero la formación no acusó el golpe. Los hombres de Leonato estrellaron sus escudos sobre los escudos de los bárbaros. El estrépito del impacto descendió por la ladera como el sonido de una gran ola que se estrella contra un acantilado.

Ensoberdecidos por la detonación, nos quedamos inmóviles, paralizados en nuestra posición. Estábamos atrapados por el espectáculo de la batalla, ajenos a todo lo demás, como las mujeres en los ritos de Dionisio. Inhalé profundamente. Mi sentido del olfato siempre había sido afinado; algún dios me habría bendecido con ello. Tal vez Heracles, nuestro ancestro. Me llegó un hedor de humanidad inmunda. Los ilirios solo se lavaban tres veces: al nacer, al contraer matrimonio y al morir.

Al apartar los ojos de la refriega, divisé unos diez o doce ilirios que bajaban por la ladera del barranco. Cada uno cargaba con un escudo cónico y un par de lanzas, pero se movían con la agilidad de una cabra, aprovechando los árboles para frenar su descenso. El miedo me amortajó la lengua. Mi espíritu de conservación luchaba por imponerse: «La suerte está echada, pero no moriré sin gloria y sin combatir, sino que antes realizaré grandes hechos que los hombres contarán en el futuro». Y grité:

–¡Ilirios! ¡Formad la línea en el flanco derecho!

Nuestros hombres miraron estupefactos a su alrededor, confundidos por la sorpresa. Agarré a Amintas y lo arrastré hacia adelante hasta colocarlo a mi lado derecho.

Uno de los bárbaros arrojó una lanza directamente a mi rostro. Salté hacia un lado y noté el aliento del proyectil acariciando mi cabeza. Tropecé de forma ridícula con Neoptólemo, que perdió el equilibrio. Yo intenté mantenerme en pie. Desplegué el escudo hacia delante y empuñé la lanza con la mano derecha. El ilirio se

abalanzó sobre mí. De alguna manera, logré interponer el escudo. Se escuchó un fuerte crujido. El impacto sacudió mi brazo hasta el hombro y el escudo se partió por la mitad. Lo tiré al suelo y agarré el mango de la lanza con las dos manos por debajo del brazo. Con la punta de la lanza zigzagueando como una serpiente, el bárbaro se incorporó buscando su oportunidad. Era barbudo y llevaba un casco redondo, como un nido de pájaros invertido. De su bálteo colgaba una espada curva con la empuñadura tallada en forma de águila. No usaba cinturón y la túnica ondeaba a su alrededor. El ilirio lanzó un amago hacia mi derecha y bloqueé el movimiento con la lanza. Pero me di cuenta demasiado tarde de mi error: había esquivado la hoja de mi lanza y ahora se cernía sobre mi pecho. Con todo, el adiestramiento y Eumeo me salvaron la vida. La memoria siempre va por delante. Mi pie izquierdo retrocedió, eché el cuerpo a un lado, levanté la lanza y el mango desvió su golpe hacia un costado. Aprovechando el peso de mi arma como un péndulo, le clavé el pincho del extremo en el abdomen. El ilirio soltó un gemido de dolor. Sin tiempo para darle la vuelta a la lanza, me eché hacia delante. Él retrocedió, pero le resbalaron los pies y cayó al suelo de espaldas. Me desplomé encima de él y con todas mis fuerzas hundí el matalagartos en su estómago. Al principio encontré una leve resistencia; luego resultó tan sencillo como clavar una estaca en tierra mojada. Con los dedos sujetando el mango liso de la madera de mi lanza, dejó escapar un grito ahogado.

—¡Alejandro!

Otro ilirio se me acercaba por la izquierda. El matalagartos estaba atascado entre las costillas de mi víctima. Intenté alcanzar la espada, pero la maldita soga se había desplazado. La empuñadura estaba a mi espalda, demasiado lejos, demasiado tarde. Un palmo de acero afilado estaba a punto de partirme los dientes. Pero entonces la endiablada punta de la lanza se desvió, el soldado ilirio cayó de rodillas y, detrás de él, Eumeo se alejó brincando como un gato montés. Neoptólemo clavó la punta de su lanza entre los omóplatos del ilirio.

—¡Están huyendo!

Amintas estaba a mi lado, jadeando, apoyado en su lanza como un viejo. Su hoja estaba cubierta de sangre que se derramaba entre sus

dedos. Los ilirios corrían despavoridos por la ladera, como motas blancas bajo la penumbra de los árboles. Parecían peces nadando en un río oscuro.

Desde la cima, algunos macedonios cantaban victoria. La nieve caía con fuerza. La contienda había terminado.

CAPÍTULO 2

Invierno del 343-342 a. C.

En lo alto de un espolón de las montañas, Lebea siempre ha sido un lugar de refugio. Las murallas exteriores son obra de los gigantes, de antes de la edad de los hombres. El Gran Salón fue construido por Brómero, y los otros edificios, por mis antepasados más recientes. Para un ejército solo había un acceso practicable: el camino desde el este. Lebea había sido la piedra angular del poder de los reyes lincestas. Nadie había penetrado sus murallas. Solo una rendición había logrado romper nuestra independencia.

Bajo el límpido sol invernal, cabalgando desde la llanura de Lincéstide, la palidez de la fortaleza de piedra caliza resplandecía contra las laderas recubiertas de pinos. Una gran columna de humo se elevaba por encima de ella, como si estuvieran celebrando alguna suerte de hecatombe para los dioses. Habían pasado tres días desde nuestra partida. Después de la batalla, en la meseta de los Tres Caminos, reunimos el rebaño de ovejas y encendimos una enorme hoguera para asar dos ejemplares. Si devolvíamos el resto, los propietarios no se atreverían a echárnoslo en cara. Aunque había poco vino, algunos soldados habían bailado sin quitarse la armadura, con el metal y los ojos centelleando a la luz del fuego. Al segundo día llevamos el rebaño hasta sus pasturas de invierno. Ahora nos dirigíamos hacia nuestro hogar.

La batalla había sido dura. Tres de nuestros hombres hallaron la muerte y otros siete arrastraban heridas más graves que un rasguño. Las bajas ilirias superaban la veintena. Todo el mundo daba por hecho que había otro grupo de soldados esperando en las colinas para atacar la retaguardia. Leonato y Eumeo estaban al corriente. Pero nadie comentó que Leonato nos había empujado

a una trampa de la que nos habíamos librado gracias a nuestra destreza y al sacrificio de nuestros compañeros. Los ilirios dejaron atrás una docena de hombres. Mientras asegurábamos el terreno, rematamos a los heridos y desvalijamos los cadáveres. A diferencia de los helenos, los macedonios no tenemos la costumbre de erigir ningún trofeo. Y, aunque los ilirios eran bárbaros, colocamos una moneda del escaso botín en la boca de cada uno y echamos un poco de tierra sobre sus cabezas. Si no se cumple el rito, es decir, si no pueden pagar al barquero, sus sombras vagarían por la tierra y podrían buscar venganza. Al terminar, dejamos los cadáveres para los pájaros. A nuestros muertos los habíamos atado a los caballos para devolverlos a sus familias. Para algunos nuestro regreso sería una tragedia.

Mientras nos acercábamos a la puerta, una trompa resonó en las almenas. Debajo del arco, entre el traqueteo, descubrimos que el patio estaba abarrotado de sirvientes y caballos. Solo podía significar una cosa y caí presa del desánimo. El mozo de cuadra que se llevó mi caballo confirmó mis temores: mi padre estaba de visita y con él también había venido mi hermano Herómenes. Se celebraría un banquete en el Gran Salón.

Habían calentado agua en los aposentos privados de los cuatro miembros dinásticos de nuestra expedición, pero, cuando anuncié que prefería lavarme en el pozo del patio de armas, Leonato ya se había ido para informar a mi padre. Neoptólemo dijo que se uniría a mí. Amintas nos dijo que éramos tan cerdos como los demás.

Las viejas costumbres no son para todos. A los recién nacidos se los coloca de espaldas en el suelo para endurecer y fortalecer la parte posterior del cráneo. Y las mujeres macedonias solo pueden bañarse con agua caliente después del parto. Un hombre nunca. El agua estaba fría, terriblemente fría, pero todavía no había hiello. Desnudos y muertos de frío, nos lavamos sin la ayuda de los sirvientes. A lo lejos podía escuchar los lamentos de las mujeres llorando a los muertos.

Empapados, fuimos corriendo hasta nuestros aposentos. Dos sirvientas nos secaron con toallas y frotaron nuestra piel con aceites de dulce aroma. Nuestros antepasados podrían haber mirado con recelo semejante lujo, sobre todo cuando Neoptólemo se retiró para

gozar de intimidación con su sirvienta, pero yo sabía que la noticia llegaría a oídos de mi padre. Después de despedir a mi sirvienta, me puse una túnica blanca, me eché el pelo húmedo hacia atrás con los dedos y me calcé un par de sandalias. Para terminar, colgué la espada que había arrebatado al ilirio, con la empuñadura en forma de cabeza de águila, en la cuerda que me colgaba del hombro.

Cuando Neoptólemo regresó, aguardé a que se vistiera. Luego nos dirigimos al banquete.

Era tarde y en el vestíbulo las antorchas estaban encendidas. Los bancos y las sillas estaban dispuestos a ambos lados del salón. La mayoría estaban ocupados; los hombres a nuestra izquierda y las mujeres a la derecha. A través del humo que desprendía la chimenea central, en el otro extremo, se podían entrever los dos tronos. Eran del mismo tamaño, de madera oscura tallada cuidadosamente con lince y otras bestias e incrustaciones de jade y piedras preciosas en los ojos. Mi madre estaba sentada al lado de mi padre. Las mujeres macedonias, especialmente en las tierras altas, no se parecen en nada a las de la veleidosa y exclusiva élite ateniense. Muchas mujeres de las cinco grandes casas de la Alta Macedonia han recibido entrenamiento militar. Y una y otra vez, a lo largo de los siglos, han demostrado su provecho: cuando los líderes se ausentaban y los ilirios atacaban por sorpresa, alguien tenía que liderar la leva para proteger los rebaños y la fortaleza.

Saludé a mi madre al estilo macedonio: mano derecha levantada con la palma hacia ella. Era un gesto de bendición y también una muestra de que el que llegaba no portaba ningún arma en la mano. Mi madre se levantó y me acerqué para darle un beso en la mejilla.

—Xander —dijo.

Solo mi familia me llamaba así. Mi madre olía a jazmín. Su rostro, enmarcado por tirabuzones de alambre dorados en el pelo, se mantuvo firme, regio. Sin embargo, sus ojos resplandecían de orgullo y afecto.

Dirigiéndome a mi padre, hice el mismo gesto. Aéropo, señor de Lincéstide, sacudió la mano levemente. No llegó a levantarse y tuve que inclinarme para besar su mejilla. De cerca, sus ojos estaban vidriosos. Olía a vino.

Al acabar las formalidades, Aéropo hizo un gesto a su mayordomo. El viejo criado se acercó con un cinturón de tela blanca y una correa de cuero blanco para la espada. Agarré la espada, desaté la soga y la dejé caer al suelo. Mi padre permaneció sentado. El mayordomo me ató el cinturón y me colgó la correa para la espada sobre el hombro derecho. Luego enganché la vaina de la espada iliria en la correa.

–El rezagado se ha convertido en un hombre muy pronto –dijo mi padre a mi madre con cierto estupor–. Tú siempre has dicho que el cachorro tenía las patas muy grandes.

–Alejandro pertenece a un linaje de grandes guerreros.

Su tono de voz no dejaba dudas de que se refería a su propia línea de sangre. Los señores de Oréstide gobernaban en las tierras altas incluso antes que los Baquíadas. Una generación más tarde de la caída de Troya, Orestes, exiliado de Micenas, había fundado su propio reino.

Lleno de rabia, retrocedí y observé cómo mi padre mostraba la misma falta de tacto al dejar que su criado ajustara los cintos y los cinturones para la espada de Amintas y Neoptólemo. Este último recibió un bálteo escarlata de cuero labrado que despertó mi envidia.

Cuando mis sobrinos se colocaron a mi lado, Leonato se adelantó y le entregó a Aéropo el casco con penacho que le había arrebatado al jefe ilirio. En otros tiempos, debería haberle entregado la cabeza entera. Mi padre examinó el artículo como un niño con un juguete nuevo; luego le entregó a Leonato una copa de oro. Entre sus muchos defectos no se encontraba la avaricia; si acaso, se lo conocía más por derrochador.

Concluida la ceremonia, mi padre ordenó el toque de corneta para que empezara el banquete. A mis sobrinos y a mí nos indicaron nuestros sitios. Nuestras sillas no tenían respaldo, pues aún no habíamos matado un jabalí sin ayuda ni redes. Estábamos ubicados en la mitad de la sala, en el lado de los hombres. Aunque ninguno lo demostró, estaba convencido de que mis sobrinos también creían que era una falta de respeto.

Mi padre se sentó en la cabecera de la sala. Por tradición, debería haber compartido asiento con su victorioso pariente Leonato o con

su hijo adulto Herómenes. Pero en su lugar prefirió la compañía de Damasipo, un compañero del ejército de las tierras bajas. Tenía fama de bufón y bebedor empedernido. Incluso antes de la comida, ambos habían empezado a empinar el codo. Aéropo bebía de la copa de Heracles, una copa que podía contener una cantidad de alcohol igualmente heroica.

En el segundo banco, Leonato intentaba socializar, pero Herómenes apenas le prestaba atención. Mis dos hermanos eran taciturnos. Cuando era pequeño, pensaba que estaban resentidos conmigo: siempre fui el favorito de mi madre. Sin embargo, con el paso de los años, cobré consciencia de que se comportaban del mismo modo con todo el mundo. El silencio de Arrabeo era fruto de la timidez; el padre de los gemelos era reservado, nunca se exponía y era de trato fácil. Pero Herómenes era otra cosa. Desprendía una amargura ácida, como si la vida lo hubiera tratado injustamente. Esa impresión no mejoraba con su aspecto. El resto de los Baquíadas eran apuestos, altos, de buena constitución, con los ojos azules de nuestros antepasados de Corinto. Pero la cabeza de Herómenes era demasiado alargada, y sus dientes, demasiado largos y salidos. En privado, Neoptólemo y yo lo llamábamos «cara de caballo».

Sirvieron la comida. Yo compartía mesa con Amintas. Aunque me caía en gracia, rara vez era una buena compañía: era casi tan aburrido como su padre y su tío. «Cumplidor» y «devoto» eran las palabras más usadas para referirse a él. Además, ahora estaba de mal humor porque había interpretado acertadamente que lavarme con el agua fría del pozo era un acto destinado a irritar a mi padre, amante del lujo.

La comida fue abundante, grandes platos de carne asada. Aunque tenía la cabeza en otro lado, comí con el apetito de un adolescente. No tenía buen estómago para el vino, pero ordené que me llenaran la copa unas cuantas veces. Nosotros, los macedonios, bebemos el vino sin mezclarlo con agua, a diferencia de los helenos del sur.

Como Amintas no parecía dispuesto a entablar conversación conmigo, contemplé la chimenea en medio del vestíbulo. Nuestra casa era vieja; no tanto como la de los Oréstide, pero, al fin y al cabo, antigua: doce generaciones de lincestas. Ya estábamos aquí cuando llegaron los ancestros del rey Filipo. En realidad, la

chimenea de esta sala había sido nuestra perdición. Tiempo atrás, llegaron tres hermanos proscritos por algún delito cometido en Argos, en el Peloponeso, y Brómero, con la bondad y la sencillez de su corazón, los había contratado como trabajadores. Al menor, Pérdicas, le encargaron el cuidado de las cabras. Pero el joven era un ladrón: todos los días robaba el doble de su ración de pan. Cuando los desterraron, tuvieron la desfachatez de pedir su paga. Brómero señaló los rayos de sol que se colaban por el hueco de la chimenea: «Este es el salario que os merecéis».

Con la astucia típica de los Argéadas, el joven Pérdicas tomó su cuchillo y trazó tres veces un círculo alrededor del contorno de la luz del sol que se proyectaba por el agujero del humo y brillaba alrededor de la chimenea. Y tres veces hizo el gesto de introducirla en los pliegues de su túnica. Al marcharse, los consejeros del rey le explicaron la magia de ese gesto a Brómero. El fundador envió hombres a caballo tras ellos, pero, cuando los avistaron, los fugitivos ya habían cruzado el río Beres. Entonces alguna deidad malévola o alguna brujería argéada aumentó el caudal del río. Los lincestas no pudieron vadearlo, los hermanos escaparon y Pérdicas fundó su reino en las tierras bajas.

Aunque desde el principio los Argéadas lucieron el rayo de sol en sus estandartes y escudos, la magia tardó siglos en conquistar nuestro hogar. Una y otra vez los ancestros de Filipo marcharon contra nosotros y una y otra vez los mandábamos de vuelta a su casa. Incluso cuando se aliaron con los espartanos, al mando de su gran general Brásidas, repelimos su ataque. Tres años antes de mi nacimiento, Pérdicas III, el hermano mayor de Filipo, invadió las tierras altas y acampó junto al Beres. Pero esta vez el río no traicionó a los lincestas. En sus orillas, mi abuelo, Arrabeo III, abatió con sus propias manos al rey argéada. Cuatrocientos hombres de las tierras bajas perecieron junto a Pérdicas. El río se tiñó de rojo y los guerreros del Gran Salón pensaron que habían roto el hechizo y que nuestro hogar quedaría libre para siempre.

Estaban equivocados. Filipo llegó el verano siguiente. Por aquel entonces, antes de usurpar el trono a Amintas (el hijo de su hermano), solo era regente. Nunca puedes fiarte de los Argéadas, especialmente cuando se trata de sus parientes cercanos. Filipo llegó

como gobernador de su hermano en el este con un nuevo ejército forjado en múltiples batallas contra los salvajes tracios. En campo abierto, en la pradera de los Jacintos, su caballería se impuso a la nuestra. Sin la caballería, Arrabeo reunió a nuestros soldados y a los de su aliado Bardilis de Iliria y los formó en cuadro. Embestidos por todos lados, resistieron durante el intenso calor del día hasta que, al anochecer, tanto Arrabeo como Bardilis murieron luchando en primera fila. Cuentan que, después de romper el pelotón, encontraron a siete mil hombres muertos en el campo de batalla.

Tras el desastre, mi padre hizo el rito de sometimiento, renunció a la tierra y al agua y juró lealtad a Filipo. Para salvar su vida, por vez primera un baquíada rindió la fortaleza de Lebea. Y ese fue el final de nuestra independencia. Al final, los astutos Argéadas nos habían conquistado.

–Un brindis a su salud, señora –dijo Aéropo a mi madre.

Algo así habría sido impensable en la corte de Filipo, donde seguían los modales de los helenos. Con un estremecimiento de disgusto, nos habrían acusado de comportarnos como ilirios u otros bárbaros. Sin embargo, nosotros manteníamos las ancestrales costumbres macedonias que ellos estaban abandonando.

Mi madre devolvió el brindis. Su copa era más pequeña. Embriagarse en público es una deshonra para las mujeres. Una cosa es la libertad de nuestras tradiciones y otra el libertinaje.

Los criados retiraron los restos de carne y trajeron un postre de nueces, fruta y hojaldre. Damasipo susurró algo a mi padre. A pesar de sus canas, ambos reían como muchachos inmaduros.

–Hemos traído un espectáculo refinado: tres habilidosas flautistas de Corinto –dijo mi padre.

–Entonces será mejor que me retire con las demás mujeres.

La mirada que le profesó mi madre no fue nada afectuosa. Era mejor dejar a los poetas los matrimonios por amor, según había aprendido con mi tutor. No causan más que dolor. En Macedonia los compromisos eran un asunto familiar que respondía a ganar tierras, influencia u otro tipo de beneficios. El amor podía aparecer con el tiempo, pero el respeto mutuo era lo mejor que podía esperarse. Aunque algunas veces, como en el matrimonio de mis padres, incluso eso se había desvanecido.

Mi madre se puso de pie y condujo a las mujeres hacia fuera. Una o dos campesinas rollizas se metieron un puñado de dulces en la boca. Todavía masticaban mientras seguían a mi madre.

Impaciente, antes de que las mujeres respetables hubieran abandonado la sala, mi padre hizo sonar una campana. El sonido me crispó los nervios. Las campanas solo se usan para las cabras o las ovejas, no para el servicio. Tomé otro trago de oscuro vino.

Tres figuras aparecieron por la puerta de los aposentos privados de mi padre. Estaban cubiertas con velos y envueltas en voluminosas túnicas que no revelaban nada de su cuerpo. Pensé en mi tocayo Alejandro, el antiguo rey de Macedonia. Cuando unos embajadores de Persia se habían comportado indignamente al reclamar mujeres macedonias respetables para su entretenimiento, había disfrazado a algunos jóvenes soldados con puñales debajo de sus ropajes. Enterraron los cadáveres de los persas en secreto. El rey de reyes nunca supo su paradero. No hubo venganza persa. A veces la astucia de los Argéadas era digna de admiración.

Las tres mujeres permanecieron inmóviles en el centro del salón. Había tanto silencio que podía escucharse cómo crepitaban los troncos en la chimenea. La expectación era enorme, agarrotaba la garganta.

A la señal de mi padre, los mantos se deslizaron hasta el suelo. Se escuchó una respiración entrecortada entre los hombres que miraban, que culminó con un suspiro colectivo de lujuria. Debajo, las chicas vestían túnicas tan transparentes y ceñidas que parecía que la tela estuviera empapada en su piel. De alguna manera, era más sugerente que si hubieran estado desnudas. Dos de ellas tenían la piel aceitunada y el pelo negro, revuelto. La tercera era rubia. Era la bailarina principal. Mientras las otras dos tocaban la flauta, ella empezó a moverse. Se contoneaba lánguidamente. Era alta, con pechos redondos y firmes. Los pezones se le transparentaban a través del tejido. Empezó a moverse más rápido. Los hombres empezaron a seguir el ritmo golpeando la mesa con sus copas. Recorría su cuerpo con las manos de forma lasciva, cada vez con más celeridad, como si estuviera llegando al orgasmo.

Luego terminó. Se desplomó en el suelo, jadeando. Los hombres estallaron de júbilo, aplaudieron y le dedicaron algunas ocurren-

cias y piropos. Miré a mi padre y a Damasipo. Eran los dos únicos hombres que no miraban a la chica. Sin duda habían disfrutado de ella antes. Por eso, en su lugar, estaban observando la reacción de los otros comensales. También podrían haber gritado a los cuatro vientos que ellos habían gozado de ella y que nosotros nunca lo haríamos. Un acto mezquino de poder, indigno de su posición.

El germen de una idea se formó en mi mente. Me preguntaba si Neoptólemo estaba pensando algo similar. Eso no nos traería más que problemas. En la *Iliada* una discusión sobre una esclava había causado incontables males a los aqueos.

Mi padre invitó a la chica rubia a acercarse al banco que compartía con Damasipo. Sonriendo, se levantó del suelo. Tenía una sonrisa hermosa, no importaba cuán insincera. Se echaría a perder con esas viejas cabras. Ambos hombres la manoseaban mientras ella se escurría entre ellos.

Aéropo levantó la copa de Heracles. Al tiempo que intentaba beber de ella, no dejaba de reír y recitaba algunos versos de Homero:

He decidido quedármela en mi propia casa,
pues la quiero incluso más que a mi propia esposa,
a quien se asemeja por sus rasgos y su figura,
así como por sus logros y entendimiento.

Se estaban pasando de la raya. Mi padre reparó en mi mirada con el rostro turbio, bañado en vino. Le arrebató la copa a la chica, le dijo bruscamente a su mayordomo que la llenara hasta el borde y la vació de un tirón. Luego me señaló:

—¡Brindemos por ti! ¡Por mi hijo rezagado!

De pie, tomé la copa con ambas manos. Parecía no tener fondo. Todos los presentes estaban observándome: no podía escapar. No me enfrentaría a este hombre. Sin perder la calma, empecé a beber. La copa no tenía fin. Cuando hice una pausa para tomar aliento, escuché una risa burlona, pero incliné de nuevo la copa. Por fin, quedó vacía.

Los hombres lanzaron un rugido de aprobación. Mi padre me miraba con desdén. La cabeza me daba vueltas, pero le indiqué al mayordomo que me llenara la copa otra vez.

–Ahora brindemos por ti, padre.

Aéropo soltó una carcajada.

–El cachorro tiene patas grandes.

Una vez más, vació la copa sin inmutarse.

La copa estaba de vuelta en mis manos. Tenía el estómago hinchado, revuelto, y la mente nublada por los vapores del vino. «Al Hades con él». Empecé a beber. Esta vez, cuando apenas había bebido un sorbo, una náusea me subió por la garganta. Me detuve, boqueando como un pez fuera del agua, e hice oídos sordos a los ruidos que me rodeaban. La humillación sería el premio de mi propio orgullo. No, no me prestaría a su desprecio. Levantando la copa, abrí la garganta y dejé que el vomitivo líquido se vertiera en mis entrañas. Manché la túnica. Era como sufrir una tortura por ahogamiento. Finalmente, vacié la copa.

Los hombres gritaron en señal de aprobación.

Mi padre parecía un niño enfurruñado al que le habían tomado el pelo.

Con mucho cuidado, entregué la copa al mayordomo. La cabeza me daba vueltas y mis intestinos intentaban rebelarse. El resultado era inevitable. Pero todavía no, al menos no delante de él.

–Me alegro de tu regreso, padre. –Pronuncié cada palabra como si fuera algo precioso–. El viaje de vuelta ha sido largo y quisiera retirarme.

El camino para cruzar el salón fue un suplicio. Todo mi cuerpo me instaba a salir corriendo. Pero mantuve la calma. Un paso detrás de otro, con sumo cuidado. «No tropieces, no le des esa satisfacción». El vino hervía desde el fondo de mi garganta. «Todavía no, aguanta un poco más». Tomé aire por la nariz y lo espiré por la boca, sordo a cualquiera que me hablara. Intenté ignorar el repugnante olor a comida y a alcohol. Un sirviente abrió la puerta. Me di la vuelta en el umbral y me despedí de los comensales.

Fuera del brillante rectángulo de luz, intenté echar a correr. Estaba algo más que mareado. Me adentré en la oscuridad de la esquina del pasillo. No podía aguantar más. Doblado por la cintura, me apoyé en la pared y vomité convulsivamente. En cuanto empecé, ya no pude parar. El vómito me quemó la parte posterior de la garganta y me obstruyó las fosas nasales. No podía

respirar, pero mi cuerpo seguía expulsando el apestoso vino y la comida a medio digerir.

–Toma, enjuágate la boca con esto.

Leonato me entregó una copa. Me enjuagué la boca y los dientes con agua limpia y la escupí.

–Lo has hecho bien –dijo Leonato.

Al devolverle la copa, volví a vomitar.

–Pasará pronto. Bebe un poco más de agua.

Le obedecí. Las náuseas remitieron un poco.

–Tengo noticias que te revivirán el ánimo. –Leonato me frotaba la espalda como si fuera un caballo enfermo–. Os han convocado a ti y a tus sobrinos en Egas. Los tres tendréis el honor de ser nombrados pajes reales del rey Filipo.

Una nueva náusea me impidió articular palabra.